

Del libro CON ÉL:

1. María

En aquellos días, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito: "¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá."

María dijo: "Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia -como lo había prometido a nuestros padres- en favor de Abrahán y su descendencia por siempre."

(Lc 1, 39-56)

1. MARÍA

Un Sí cambió el curso de la humanidad: el Sí de María. Atenta, discreta, fiel, sólo desea cumplir la voluntad de Dios y, fiándose, acepta. No sabemos mucho de Ella pero es más que suficiente. Tras la concepción corre a visitar a su prima Isabel en actitud de servicio y entona el cántico que hoy conocemos como Magnificat. ¿Cómo no felicitarla? Generación tras generación, ¿cómo no felicitar a la Madre de Dios? ¡Felicidades, Mamá!

A los tres meses vuelve a su casa. ¿Cuántas críticas tendría que aguantar? La hija de Joaquín y Ana está encinta, comentan todos en Nazaret. Ella no permanece ajena a los rumores pero calla, no tiene que explicar nada. Entonces, con José, se dirige a Belén para empadronarse. Allí, en un pesebre, da a luz al Hijo de Dios. ¿Qué pensaría María al ver a su Hijo, al Hijo de Dios? ¿Y al ver a los ángeles, y a los pastores y a los Magos...? Pues como bien dirá la Escritura más adelante “conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón” (Lc 5, 51b).

La amenaza se hace presente y tiene que huir a Egipto para proteger la vida del Mesías. No le importa, María no vive para sus planes sino para los de Dios. Su tierra es ahora el Corazón de su Hijo y allí, donde Éste esté, allí estará su hogar.

No basta con felicitarle, el corazón humano grita agradeciendo a María su Sí: sus cuidados, sus mimos, su tiempo, todo fue en favor nuestro. Cuidándole a Él, nos cuidó a nosotros. María es atenta, detallista, conoce bien a su Hijo. Pienso en las Bodas de Caná. Me parece una situación graciosa. Es Ella quien se da cuenta de que falta el vino y se lo dice, ¿cómo callarse? Ahora, con la respuesta de Jesús, la situación más que graciosa se torna violenta. Jesús contesta pero se lo piensa mejor y obra el milagro. Fue María quien le impulsó a actuar en el que probablemente fue el primer milagro de la vida pública del Señor. Me imagino sus miradas, el guiño de Jesús y la sonrisa de su María, esa sonrisa de las madres que dice sin palabras: muy bien, así me gusta. ¿Cómo iba a negarse a una petición de su Madre?

También nosotros queremos ser para ella hijos y acompañarla en la alegría de Belén y en la angustia del Calvario y de la Cruz.

Siempre que aparece María, todo se llena de luz. Me imagino su sufrimiento al ver cómo es tratado su Hijo. Le ve coronado de espinas cargando con el peso de la cruz. Ve cómo su Hijo cae una, dos y hasta tres veces. Quisiera ocupar su lugar y evitarle todo sufrimiento. Puede acercarse y consolarle por un instante. Y entonces Él, al verla, saca fuerzas para continuar. Todavía queda la Cruz, le duele a Ella más que a Él. ¿Cómo puede aguantar tanto sufrimiento? Incluso en estos momentos, los más duros, su fe no vacila. No se niega a la última petición de su Hijo, recibe su Espíritu y queda como Madre de la humanidad. Juan la recibe en su casa.

Pero ¿cuáles fueron las últimas palabras que dijo María y que conservamos en el Evangelio? “Haced lo que Él os diga” (Jn 2,5). Ya está, María ya lo ha dicho todo. Y es que María no tiene nada suyo, su misión es conducir a la Iglesia hacia el Corazón de su Hijo.

Nos lo dijo el Señor en la Cruz: “Ahí tienes a tu Madre”. Es la Madre de Dios uno de sus mejores regalos. Madre generosa, Madre fiel, Madre de las madres. Ella es para nosotros ejemplo, camino, consuelo, alegría. Con María siempre hay seguridad, siempre hay abrazo.

1. ¡Qué bonita eres Madre, eres tan bonita! Fortaleza de mi fe. Eres así porque eres del Señor, toda del Señor. Pensar en ti me hace sonreír. ¡Oh Dios mío, eres preciosa! Desde ti hacia Él siempre con ilusión y alegría. Allí donde estás todo lo llenas de gozo. Eres impresionante, impresionante, eres Reina. Cómo no vas a ser así de bonita si el Señor está contigo! Lo eres todo porque todo lo eres en Él. Hacia Él pasando por ti, maestra de vida oculta ¡Qué suerte contar contigo! Mira Madre, ya Él me ha mirado, a mí también me ha mirado. Vuelvo a ti y te abrazo, gracias por tu sí. Mirarte a ti es mirarle a Él porque, como tantas veces me han dicho, al contemplarle dices eso de “Es Dios y se me parece”. Tu corazón se conmueve al contemplarle, es el Fruto de tus entrañas el Mesías prometido, el Señor.
2. Después del sí incondicional de María vino el sí de José. Quizás José dudó un poco más y por ello le enviaste un ángel en sueños para que viese todo con mayor claridad. José ejerció de esposo y de padre. Tampoco él entendería mucho pero su sí es fuerte, es la prolongación del *fiat* de María.
3. Me los imagino a los dos: al lado de María, José. José en segundo plano, discreto, hace sonreír al Niño y a su Madre, los cuida y los conoce. ¡Cuánto se puede aprender de San José! Por José pasan todas las vocaciones. Gracias José, gracias por aceptar y cuidarlos.
4. Me encanta hacerme niña y correr a ver al Niño. A la que primero encuentro es a su Madre. Es ella quien abre la puerta y me conduce hasta Él. A María le alegra que vayamos a su casa a ver a su Hijo, que pasemos tiempo con Él. Así, haciéndome niña, llamo a la puerta en Nazaret. María abre y yo corro a ver al Niño para jugar con Él. Entro a su casa y ahí está Él esperando. Entre juego y juego, casi olvidándome de que es Dios. Le cuento mis problemas, mis preocupaciones, mis alegrías, mis planes... Qué imaginación tan loca la de los niños ¡pero qué hermosa! María está siempre pendiente. No nos quita el ojo de encima, sonrío al vernos. Nosotros no nos percatamos pero notamos su presencia. Sabemos que está y nos sentimos tranquilos, protegidos. Entre niños no faltan las bromas, los besos, los abrazos, las risas. Algún día –hablamos- los dos seremos mayores y entonces haremos esto y esto y esto... pero siempre juntos los dos. Ideamos planes, yo con mi loca fantasía, Él con su genialidad y esperanza; juntos nos proponemos salvar al mundo. Le pregunto ¿a que sí Niño Jesús, a que podemos construir un mundo mejor? Claro que podemos –responde-. Vemos a María apoyada en la puerta y Jesús le dice: “¡Mamá, vamos a salvar al mundo!” María sonrío, asiente y corre a darnos un beso. Luego, seguimos jugando.
5. Os retorno mi vida, Madre. Llévasela al Señor. Un día me la confiasteis y hoy os digo que enteramente es vuestra. Disponed de ella como os parezca bien. Yo no sé hacerlo como debo pero vos podéis obrar maravillas. Madre, tómame de la mano para que viva a tu lado la alegría de la Resurrección.
6. A tus pies Madre te digo: Tú, que lo conoces bien y sabes lo que le agrada, dispón mi vida para que cuando llegue le guste lo que encuentre y se quede.
7. Sin María no hay Jesús. Sin Jesús no hay María. Madre, cuántas veces verás que en mi vida falta el vino; el vino del esfuerzo, del trabajo, de la sencillez, del servicio, del

amor, de la paz... Dile, dile a tu Hijo: "No tiene vino". Que Él te hace caso y seguro viene a traérmelo. No hay camino más cierto para llegar al Corazón del Señor. Cuando tengo que pedir algo con fuerza se lo encomiendo a la Virgen, sé que a Ella no se le niega nada. Me la imagino llevando el recado a su Hijo.

8. Madre, empújanos también a nosotros hacia Él como a Él le empujaste a hacer su primer milagro. Cada minuto cuenta, cada paso, cada instante. Si Él no se negó a hacer lo que le pedías, tampoco yo voy a negarte nada.
9. Tan sencilla como tú, María, así quisiera ser. Y tan alegre, tan discreta, tan generosa. Sabes que he venido a la Iglesia a rezar y no he podido porque había unas señoras hablando que me despistaban. Entonces he dejado el libro que estaba leyendo y me he parado a mirarle. Ha sido el mejor momento, Madre. Si es que la oración tampoco tiene que ser tan teológica, basta con mirarle como lo haces Tú. "Deja los ojos y mírame –dice el Señor- así no, con los ojos abiertos"
10. Hoy, en el día de la Asunción, me he acercado a felicitarte y me has dicho: "Sé prudente hija, sé prudente. Acoge al Señor, gusta de estar con Él. Agradece" Qué razón tienes Madre.
11. En el camino de la vida siempre está María pendiente de nuestros pasos. Si nos damos la vuelta la veremos. Como las madres de la tierra se asoman a la ventana para ver al hijo que se va, así María se asoma y mira desde el cielo.

Del libro POR ÉL

10. María: ahí tienes a tu Madre

“«Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Clopás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego dice al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa»”
(Jn 19, 25-27)

1. Cuando sufro, cuando estoy triste, siempre acudo a Tu Madre. Tú me la regalaste y siento como Ella me acoge con todo su amor. Cuento con Ella para todo y sé que a Ti te encanta que la quiera tanto. A Ella le pido que me enseñe a decir sí, a Ella le suplico humildad y sencillez. Ante Ella lloro, río, me quejo, agradezco. ¡A Ella voy porque me lleva hacia Ti!

2. ¡Cuánto quiero a Tu Madre, cuánto la quiero! Ambas somos cómplices, confidentes. Gracias por regalármela.

3. Quieres que ame cada día más a Tu Madre. Tú nos la regalaste y yo nunca podré quererla lo suficiente. María es la Madre de la gran Luz de la humildad y hace más resplandeciente nuestra vida. Así son las madres, Señor. Así es Tu Madre. De todo se privan por darlo a los hijos. Ella es capaz de perdonar todo, incluso las ofensas a su propio Hijo, porque en Ella reside el Amor Puro.

4. ¡Proclamad la Buena Noticia, Cristo vive y sale al encuentro! Para seguirte, mi Dios, sólo tengo que ir detrás de las huellas de Tu Madre, las huellas de la humildad y de la discreción que tienen como destino el Amor de los amores. Su mismo Hijo.

5. Hoy he pensado Madre mía que cuando me encuentre mal no voy a acudir a ti a quejarme porque ya bastantes penas tendrás en tu corazón. Pero no puedo Madre, porque la experiencia me dice que Tú también quieres mis penas y cuidarme en ellas.

6. La fidelidad de María pasa por la búsqueda, la aceptación, la coherencia y la duración. Pido, pide esa fidelidad.

7. Virgen María, después de ver todo lo que le hicimos a Tu Hijo, Él te pide que te quedes como Madre nuestra; la Madre de Dios es ahora también la Madre de los asesinos que le llevamos a la Cruz. Madre Santa, si no hubiese vivido el Amor en ti, si no fueses capaz de amar como Él nos amó, jamás podrías haber aceptado. Pero Tú, Señora, aceptas. Aceptas por amor.

8. Como Isabel yo también digo: “¿De dónde a mí que venga a verme la Madre de mi Señor?” (Lc 1,43) Mamá, a mí acudes siempre que te llamo.

9. Si me lo permites, Madre, yo quisiera acompañarte en el camino del Calvario. Quisiera estar contigo a los pies de la Cruz en el momento de la muerte. Desearía compartir contigo la Resurrección de tu Hijo.

10. Tu dolor fue muy grande pero ¿y el de Tu Madre? Al pie de la Cruz ni grita ni reprocha, simplemente ESTÁ.

11. ¡El Señor ha resucitado! ¡Alégrate Madre Nuestra, llena de Gracia!: ¡Tu Hijo vuelve para no dejarte, para no dejarnos solos jamás!

12. ¡Eres tan bonita, Madre! Te mereces todo del Padre. Eres la Reina, con Él, de todo lo creado.

13. Tú estás Madre para facilitar que se cumpla en nuestras vidas lo que Dios espera de nosotros, para ayudarnos a ver Su Voluntad y cumplirla.

14. Cuando un niño se suelta a dar sus primeros pasos, su madre siempre va detrás con los brazos abiertos protegiéndolo. Así es nuestra Madre, procura que no caigamos y, si lo hacemos, procura que el daño sea el menor posible.

15. Basta mirar el rostro de la Virgen, sus ojos, su mirada, para darnos cuenta de lo hermosos que somos a los ojos de su Hijo y de lo agradecidos que tenemos que estar.

16. Unidos con María perseveraban.

17. Madre mía, hazme tan sencilla como tú.

18. Virgen de Fátima: ¡Nos pides oraciones por la conversión de todos los pecadores!

19. Primero con el Señor, luego con su Madre y, después, con los hermanos. Si haces sonreír a Jesús haces sonreír a su Madre.

20. Si el Señor sufrió y sufre... ¡Cuánto no sufrirá su Madre al verlo! Hagámosla sonreír.

21. El corazón de mi Madre está rodeado por la corona de espinas que su Hijo tenía en aquella Cruz.

22. Si sonrío Ella, sonrío Él. Si sonrío Él, sonrío Ella. Si sonrían Ellos, sonrío yo. Todo por veros sonreír.

23. Ojalá Virgen María, Madre querida, me concedas un poco de tu bondad y generosidad, de tu amor y pureza, de tu dulzura y delicadeza... para que viva haciendo felices a los que estén a mi lado y así el Señor esté contento conmigo.

24. Todo lo que queramos pedir al Señor depositémoslo en las manos de su Madre. En cuanto la ve aparecer con nuestros encargos, se rinde ante Ella por amor y actúa como en las Bodas de Caná.

25. Los sábados se visten de azul porque azul es el manto de Nuestra Señora. Cógeme Madre en tus brazos, sostenme igual que al Niño Dios. Igual que al Cuerpo sin vida del Salvador.